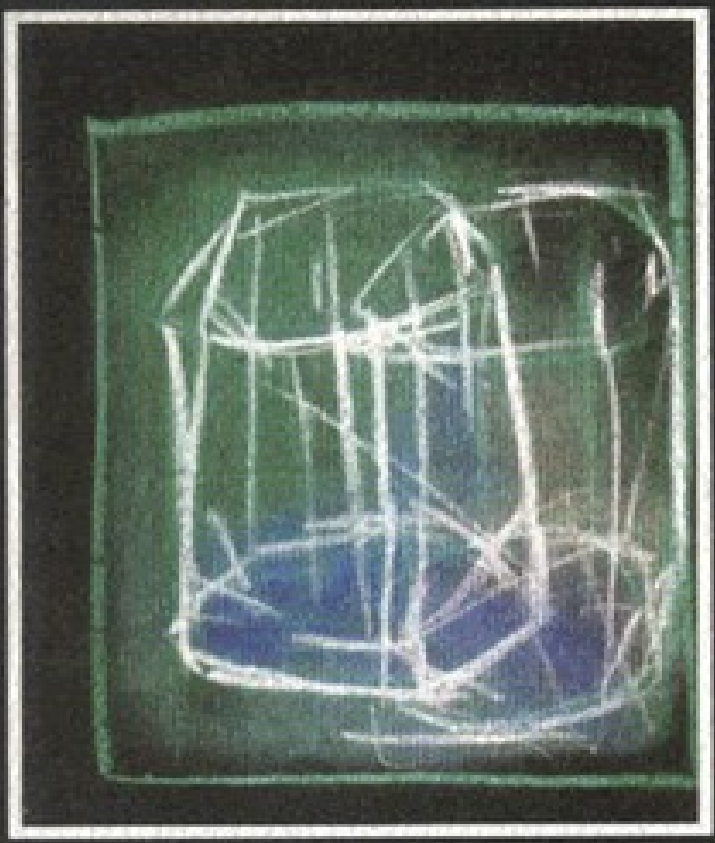
Susana Szwarc

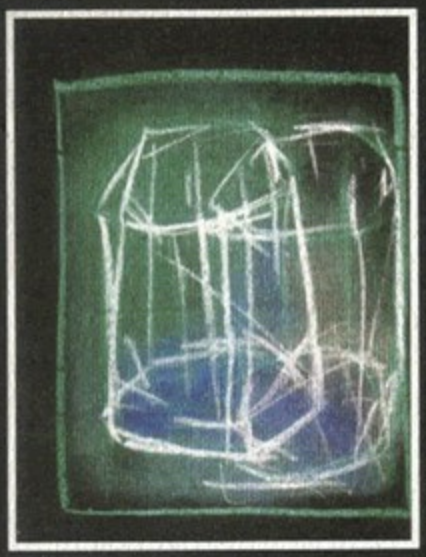
Bárbara dice:



Alción Editora

Susana Szwarc

Bárbara dice:



Alción Editora

Bárbara dice:

Susana Szwarc

Primera edición: julio 2004

Segunda edición: setiembre 2005 -Córdoba-

ISBN: 950-9402-372-7

ibuk
Biblioteca de Poesía

A mi hija Laura

UNO

UN CIELO AL DESCUBIERTO

Arrojaste una piedra
al baldío. Ahí voy
hacia el hueso del padre.
(Qué muerto.)
Pero la sombra de la vela
mitiga el nombre. En su luz
se deletrea. Y como de un incendio
la red del alambrado se abre:
jardín de cuerpos
hasta mi ojo.

Concentra la sombra los llamados
de cualquiera de los Campos.
La vela, deshecha.
Uno me agarra, tiene fuerza, el brazo,
el hueso. Canto (no sé si por fugarme):
-¿no ves que estás ardiendo?

LA PIEDRA EN EL AIRE

En los “campos que concentran”
acepto la fruta que (me) ofrecen
y, aunque ofende,
la muerdo.

DOS

“Cuando el explorador, acompañado por el soldado
y el condenado, llegó a las primeras casas de la
colonia, el soldado le señaló una y le dijo: es aquí”.

Franz Kafka
En la colonia penitenciaria

El paño rojo cabaret

Te he acompañado nuevamente
al lugar donde se guardan las pequeñas,
hermosas prostitutas.
Allí caminan suaves
o se acomodan en las sillas, quietas
como novias desnudas. Algunas bailan
sólo para el baile.
Todas -menos una- se quitan la sed
mojando su lengua con el hielo y porque temen
la ausencia de la luz.

Decía, te acompañaba. Y he mirado
por tus ojos. Así, vi la forma de las manos,
su moverse sobre las pieles sedosas, fuertes,
de aves. Y vi las palabras
por el cuerpo cercano, avisabas “hacia dónde”,
hacia dónde.
Pero dos nuevas palabras: “mi amor”,
cayeron en el rostro desamparado de la joven.
Ella, anónima, abrió los ojos hasta mí.
¿Como dejar de contemplarla, ahora por mis ojos?
Su fragilidad de hija retornó mi caricia a esa geografía,
casi tiempo, donde los panfletos de la historia anuncian,
a gritos de relámpagos, el sin sentido, los saqueos.

Próximos, por fin, en la completa oscuridad, fuimos.
entre sonidos leves y felices.
¿Nos habíamos dormido? ¿O eso no importa?
En el silencio, en el estirarse mismo de la mañana,
se anotó: “Apaciguamos”.

BÁRBARA

Ese cuerpo excesivo
aún después del strip-tease
es tan leve como el mejor
afiche ante mis ojos.
La estética del poster
me hace sonreír
y mecerme en la silla de mi casa
(al compás del ritmo ajeno).
¡Ah! Es exactamente igual
que ofrezca Bárbara su carne
-de verdad, de mentira-
para mí.
Su nombre acerca a mi memoria
el poema de Prevert
aunque ella insista : “mirá, también me llamo Sonia
y no hay en mis manos ni crimen ni castigo”.

Pero ninguno de estos recuerdos
sirve esta noche,
ella está allí, quitándose siempre
su ropa dorada, justamente para llevarnos al olvido
y su cuerpo es un mapa perfecto,
un territorio para abrazar,
arrojar monedas,

atrasar relojes.

De pronto ya no sé qué sucede.
No hay ruido de pulseras en la habitación de al lado
y la música que sale de la radio,
la música que despierta a los vecinos,
me afecta el sentido del gusto, la clarividencia.

Un hombre, otro hombre,
abraza a Bárbara.
Bárbara tristeza la del hombre
que la abraza y no apaga así
sus lágrimas de carne.
Pero el llanto es de los dos
y valen nuestras monedas.

MARCAS

Chasquidos. Sonidos de pulseras.
Las voces dicen sí, sí.
Y salpican las sílabas, los dijes.
Justo en el aljibe donde
refugiada
dibujo tu baldosa.

REGIONAL

Están sanos los cítricos del norte.
“Erradicada la enfermedad”, dicen los diarios
y eso (hoy) es lo único que importa.
Entonces mordamos los frutales
como si fueran pulpa de Las Gracias
o de Venus, su mismísima madre.
Que el jugo caiga desde mi boca
hasta tus pies
que se deslice (¿sin salpicar la suntuosidad
de los objetos: mosaicos, collares venecianos,
automóviles?)
y ascienda de tal modo que toque las estrellas.
Así la deuda mía, hermanas,
se hará inmensa como un cielo de provincias.
¿Pago demasiado para recibir la textura de tu voz
o es por el aliento de naranjas?

¿No es raro acaso que la geografía,
como otra Venus, como nuevas Gracias,
nos entregue sus tajadas?

QUISIERA ENTERARME

Quisiera enterarme de que nada
tiene forma, decías. Y acepté,
hasta el fondo de la copa del árbol,
de la copa del río.

Ninguna de las otras (creía)
se ahogaba como yo. (Me hundí.)

No hay placer, dijiste
mientras vaciabas al padre
en la botella y mi cuerpo te servía.

¿Te habías ido? ¿Y las otras?
Tuve vértigos
como si alguno más
se cayera del mundo.

Dormida, en la noche de fiesta,
alcancé a oír: ¿qué hay después?

Al despertar

había panes
en mi cama.

LA GACELA DEL EMPERADOR

Soy, a veces,
irreal, como un fantasma que sale de sí mismo.
Bailo y río en sitios desconocidos
con esas mujeres -siempre-
más jóvenes que yo: incluso en mi infancia.

Ellas no son irreales
porque están
donde están. Sin embargo hablamos,
reparto mis aspirinas y ellas
mueven las cabezas
agradeciendo.
El dolor no las detiene
en su ir y venir entre perfumes
a algún sitio cercano
a desvestirse, a jadear,
a mostrar sus ojos,
las uñas rojas de los pies en cada extremo
de las habitaciones y todas sus puertas
de rodillas.

No soy irreal para ellas.
Sólo soy irreal para el hombre que las invita

cada vez que la angustia está a punto
de avanzar sobre su torso. (Soplo, entonces,
con delicadeza esos dardos invisibles.)

RUMIANTE

Dulce animal me haría: vaca
para engordar tu descanso.

Pero vacilo. Como vacila el bosque
bajo el agua. Abraham ante el trayecto,
o las palabras en su deshielo.

¿Acaso es posible compartir el aislamiento
de todo? ¿La avidez de cosa?

AZULES PROVINCIAS

Sucedió entre nosotros
lo más terrible:
adjetivos crueles, atroces,
se instalaron en su lengua
torciéndola.
Y justo donde se decía lo amable
se atravesó -como una doble espina-
la palabra grosera del amo.

Entonces, las mujeres bellísimas
-en la vergüenza de lo que por su voz
se pronunciaba-
nos quitamos los cuellos, las cabezas,
hasta los brazos nos quitamos,
para caminar orgullosas como himnos
bajo los cielos (azules, azules)
de provincias.
Así, sin ojos, sin oídos, evitábamos
el peligro de tropezar
con los gestos del desprecio.

Pero demasiado pronto comenzamos a apiadarnos.
Las mujeres bellísimas, atentas

nos pusimos tres cuellos, tres cabezas
y besamos con tres bocas
a ésos,
creyendo todavía que algo del aliento
habría de calmar el uso de tristes
(por soeces) adjetivos.
Cuenten: ¿quién cuenta nuestros méritos?

Ahora, estos hermanitos (éstos, descalzos
por supuesto), se acurrucan a mí.
Porque los amos les traen zapatos pesados,
llenos de agravios.
Ya estamos, otra vez, las hermosas,
fecundas,
sin cuellos, sin cabezas, sin manos
y ellos, soltándose de mi cintura,
corren a lo libre. Más descalzos,
más felices.

TELÓN

¿Acaso una última escenografía?
Mosquiteros de encaje.
Bajo las luces, un hombre
y dos mujeres golosas a su costado.
Ellas reirán –Bárbaras– cuando descansen
sobre su plexo.
Antes sólo querrán ser
menos que niñas: mamar hasta el cansancio
como si el hombre fuera dulcemente madre.
Es por eso que él queda exhausto
y se duerme.
Las cosas apenas han cambiado. Se escuchan
los suspiros del sueño. Ahora él es un niño.
Hay que arroparlo, dicen
(en voz tan baja que casi no las oigo),
las tan Bárbaras.

Desde mi silla se ven las ventanas,
las cúpulas de oro y lejos,
sobre el suelo, limosnean los huérfanos
de siempre. También otros.
Giro en mi silla, de caoba.
Recuerdo (¿cómo recuerdo?), alguien
reclamaba: “las mujeres que no tuve”,

“los sueños que no tuve”, “¿qué padre
nos pasó?”.

Miro cómo duermen, ellos,
en el escenario. Tienen frío,
podría ir a cubrirlos otra vez.
Pero mis ojos están fijos en el telón
que cae.
Ya no se ve.

Afuera, la frase estará contenta.

EN TORNO

En el hospital, ese médico
me dice: no vengas hacia mí.

En la sala (donde somos siete
las mujeres), el amado no traspasa
el umbral.
El médico hace gestos, le insiste:
sáquela, rápido, sáquela
de aquí.
No puedo, repite el amado, ella,
su otra sangre, y llora (se asombra
de sí, se busca en los vidrios,
quiere verse, verse
y no sabe lo que dijo).
Ni Bárbara ni Sheila ni Luva
ni Mara ni Patricia quieren
lo que escuchan. Por eso bailan.

El médico hace un corte
en la matriz
como un patriarca.
Le muestra: la misma sangre
pero el amado ve otra cosa.

¿Y qué hacer, y qué,
si ve otra cosa?

Bárbara, Sheila, Luva,
Mara y Patricia me están llevando
lejos, lejos,
a entornar la sangre.

ENTRE NUDOS

El traía a las mujeres de mi padre
y yo
atravesada por el gran tiempo,
el único dios,
me partía en un antes y un después.

Miraba: ¿qué había allí,
en ese espacio vacío (vacío
de toda sospecha), para que ellos,
aún más amados que el dios,
se internaran
no en mi propio desconcierto
sino en la cápsula de una nada
desconocida, al menos para mí?

AL BORDE

Un cliente cae
al borde de la piedra, en mi
escalera.
Yace completamente. (¡Tu cabeza,
tu cabeza! ¡Mis vecinos!)

No está muerto -pienso,
me alegro- porque se queja.
No es grave, le digo: no se inundó
el rancho, no te torturan.

Sin embargo sale de su boca
un espanto tras otro
como si la piedra crujiera
de certezas.

Y lo real que lastima
y el cuerpo en posición fetal.

INFORME PARA OTRA ACADEMIA

Los ojos insisten en verse
como a un mono entre rejas. Grita: “tengo derecho a sacarme
los pantalones ante quien se me antoja”.
“A un mono siempre debe serle posible la fuga”, leo (en voz alta).
Pero él tiene una sola sensación, como si fuese un adorno.
Cuando saco la mirada, la ciudad está llena.
¿Hemos avanzado?
Mi semejante, mi modelo, mi auxiliar,
mi enemigo, dice: “intento sollozar sobre algún rasgo humano”.
En la City nos tapamos las bocas
asustados por el ronco grito paterno.

Aun así, como del mismo lugar, se escuchó:
“yo... soy aquel que conoció los caminos...
La pluma en mi mano.
Para escribir la palabra grata...”

Ese es el trueno que me retuerce en tu selva.
Me escurro de la mirada -que no me ve- para rescatar
-entre tanto- una mirada histórica.
Esplendor de peligro.
Reaparece una mesa, un libro, la fotografía, por ejemplo,
del viejo Pound. Tiene los ojos cerrados (y me veo en sus palabras: “...teme

al tiempo...no a mis ojos”).

Los supuestos monos se fueron a dormir (¿entre las flores?).
Ya no estoy entre ellos sino lejos, hermosamente gorda
como una dorada Pavlova. (¿Por qué apiadarse
de los que reverencian su hastío?)
Lo desnaturalizado cuece sus habas en otra parte y yo,
viejo Pound, estoy próxima a tu deseo.
-¿Me estás mirando?

MADRUGADAS

Se enfermó
de tanta belleza vana.
Lo acompañaba, entonces, al prostíbulo
como quien acompaña al hospital.

Cada madrugada, ante la puerta
del letrero luminoso, veía
a esa misma vendedora de periódicos
soltar su paquete, sentarse encima,
adormecerse. Sin fuerzas, ella.

Sin fuerzas yo,
solté, me adormecí.

PUERTO COLÓN

No fue entre las brumas
sino atravesando la puerta
(como si se dijera adentro de la ley)
donde escuché las voces,
el bullicio matizado de los cuerpos.

Ninguna simulación,
apenas el intercambio de costumbres.

El roce de las lenguas
hacía renglones
sobre la humedad de mi frente.

ESTIRA LAS MANOS

Estira las manos y tu cuerpo no está.

El cuerpo podría estar en una cama de hospital,
en un sillón del aeropuerto, en la morgue
o completamente en otros brazos.

El tiempo, como el viento, no se detiene (nunca).
Sin embargo, una inmovilidad siniestra toca
las cosas.
No hay palabras que señalen un sitio.

El café se seca en la taza y un olor
a huevo quemado invade el aire.

DETRÁS DEL TIEMPO

Ahí no hay nada: ni lluvia ni moneda ni yo ¿ni alguien como yo?, que lo detenga: va y va.

Sabe, como las hojas copiosas de mi árbol (hojas que entran a los cuartos, a la mesa, y hacen volar las sombras mías con su viento). Cada estación la misma severa insistencia. Ese árbol me acaricia con el ímpetu colosal del hombre que estrecha cuerpos sin memoria.

Pero cuando ese hombre y yo ¿o alguien como yo?, nos miramos a través de la historia, y arden las voces sin descanso y no es tan fácil hallar del árbol su frescor y el desprecio de los ojos hace algún recuerdo y el camino se vuelve de piedra y él me agradece la compañía, ¿la mía o la de alguien como yo? -*pedacitos vagan, se fatigan bajo un cielo que salpica nuestras cabezas, "dan en hueso las almas"*-, seguimos sin saber dónde ponernos y, encima de todo, ¿dónde poner lo más perdido?

SOMBRA DE SEGUIR

Se mueve la montaña por la música
que se detiene justo
en la soga donde se secan
los pañuelos que pasé, antes,
por tus ojos.

Por eso no me viste, no supiste
del placer de tu media palabra
cerrada en mi limbo.

VIENTOS

Se nos rebajó la movilidad
y el viento -zonda- se descuelga
por la manga del árbol hasta tu brazo.

“Me falté a mí -dice miedosa
Bárbara en otra cita - y no quiero
confundirme conmigo.”

Cosemos las partes. Algún pedacito
siempre se saltea.
¿Cómo diseñar el espacio
si el mundo rebota diferente
a nuestros ojos?
Miramos para otro lado. Los hechos fijos,
tan fijos que podríamos moverlos.

OTRA

Ocupémonos de mí, dice la esfinge
y nadie la escucha,
acostumbrados todos (¿todos?)
a la simulación
(como si se preguntara).
Sin saber por qué, ¿acaso por su dicción
o por esa lengua suya, huesuda?,
la abrazo.
Una piedad más vieja
que la esfinge
me envuelve.
Comienza ella a derretirse
de mis lágrimas. Y sabe, entonces,
que no quiere abandonar lo que conoce.
Se vuelve hacia mí. Me empuja
con los huesos de su única lengua (mojada).
Afirma: “ París era una fiesta”
y yo, curada de espanto, insisto
hacia las aguas
nunca demasiado ajenas
del riachuelo.

LA TELA QUE NOS VISTE

De noche, y no es que nos encontremos
azarosamente en la escalera, que uno suba
y otro baje.
(Bajábamos juntos y hasta subíamos juntos.)

Ya en la barra del club nocturno, él te jura
(dice, te juro por Dios), seguir
hacia la próxima barra. Reír, dudar
en la desesperación y, aun así, no dejarte
(esta vez) en el sillón rojo, en la sala musical,
en ese inventado pasaje de nada a nada.

Pero el cántaro se rompe o cae la lluvia
("otra", ¡por favor!).
El exceso agobia habrá de decir
y veremos a las letras del juramento
avanzar como zumbido, alejarse
(se te revuelven las tripas de la infancia)
y alejarse un cuerpo para buscar el otro,
perdido.

(Entrar – salir –sin encontrar)

En la barra pensás:
“alguien se tragó otro buzón”.
Dado el buzón enviarías tu carta
(¿querés prevenir, disuadir?):

No pactes (nunca) con quien
después de beber del cántaro
inventa el momento de la tragedia:
una precariedad.
Recordá que siempre, antes
o después de la función,
serás traicionada
y que eso no es lo grave
sino que quien propicia tu sacrificio
no quiere que llueva sobre las tumbas.

LAS BELLAS PALABRAS

En el relato de la carne
-mientras el año abría
su espesura y apenas las copas se llenaban-
me pareció escuchar el sonido de la lluvia.
(No llovía. No escuché los jadeos.)
Miré el reloj:
pronto se haría medianoche.
¿Estaba más próxima de ser encontrada
allí donde la versión se retorcía?

Ajena, afuera, lejana
(como quien entrega el único indicio
que guardó a puño cerrado)
(para no deshacerse)
(y permanecer) (un poco más)
(en el relato)
habría de aguardar.

¿Alcanzaría entonces,
después de otra vuelta completa
(sonido de fósforos y pulseras,
piedras al rozarse, desvergüenzas,
alaridos, un salpicar de letras y de lenguas,

inermes las bellas palabras),
su compañía, su calidez de coro?
Alcanzaría o no
un sitio en la carne,
en el plato, en la historia.

ENCUADRE

-No queda ni una gota en el mundo- le digo
y él se desnuda completamente,
abre las ventanas y no es que quiera exhibirse,
es que la ropa le pesa
más que el cuerpo. O el infinito se le parte.

Lo veo haciendo un gesto,
llamar a otro, hablarle al cónsul (y
el cónsul, bajo el volcán, contento).
Ven pájaros dobles, fabulosos. Equivocan
sus nombres pero no matarían a los pájaros.
Ven el pubis de la mujer del cuadro,
los tienta, por eso se visten.
(¿Cómo recordaron la propia desnudez?)
(¿Cómo supieron bajar las escaleras, llegar
al lugar justo?).

La mujer del cabaret -tan distinta
a la del cuadro- se abraza a la barra
como a la resina de un árbol.

Los animales fabulosos engullen palabras

de carne. Y más bocados a la tormenta.

ENGAÚ

Estamos adentro del sueño.
Es bella la noche, tu partitura.
Sé que es mejor mantenernos
callados. Sin embargo
esa compulsión de llenar
me hace decir: “no me arrepiento de nada
ni siquiera de no haber probado cocaína”.
No sólo escucho sino que veo
cómo se ríen de mí.
Sobre la mesa, las sillas, la cama:
los libros apilados como “camisas
que no caben”.
Siempre esa misma dificultad
cuando alguno quiere sentarse,
porque se alejó de la ventana.
Entonces soy yo la que se ríe
y comienzo a cambiar las pilas de lugar.
Acomodo los libros en el suelo
con la misma delicadeza
con la que cambiaba los pañales.

De pronto, en la biblioteca, irrumpen las botellas:
vino, fernet, ginebra, anís, grapa.
Sé perfectamente que estamos adentro del sueño

y no creo que exista aquí, en la ciudad,
en ninguna ciudad,
algo como la grapa del pueblo de la infancia.
Tampoco la niña que pregunta
y revuelve en la pregunta:
¿por qué los cosecheros golondrinas toman grapa
hasta el hartazgo?
¿Por qué si estuvieron días bajo el sol,
ellos, sus mujeres, los hijos,
arrojaron las monedas -no a la fuente-
sino al paisaje de la zanja de la grapa?
Antes habían comprado una frazada con más colores
que el cielo. Más tarde, vacíos los bolsillos,
se acomodaron en mi umbral.
La frazada repartida entre sueños por los que también
caminé: algodonales, algodonales,
pero sólo mordíamos naranjas. ¡Ah!, cómo recuerdo
engaú, esa sed. Y después, mucho después -todavía-,
la frescura en las bocas.

Pero decía del sueño de esta noche. Es el momento justo
en que una ciudad se burla de mí.
No me arrepiento digo: he olido jazmines,
fresias, lirios. Si olí hasta las flores de loto
de una película vietnamita y presté -también- mis manos
cada vez que un amante pronunciaba palabras
y las dejaba caer, sueltas, en la madrugada.
Yo corría a buscar hojas, más hojas:
anotaba como los viejos copistas.

Me vi llorar dentro del sueño,
me vi desierta, decirte: si supiera escribir tu música,
las notas exactas de la fiesta de la angustia.

Brilla (mi amor) tu amor en el agua del jarro.
Afeitan tus manos de mis lágrimas lo amargo
y convidan al mendigo.
-Ni una gota más-, dije en el sueño.

Estiré los ojos para mirar el pájaro de cada mañana.
Insistía: pío, pío, pío.
Y ellas (Bárbara, Sheila, Luva, Patricia) dijeron:
-lo descolocado nos excita.
Pagaste. Pagamos. Pagaron.
¿Quién se atrevió a decirles prostitutas, sólo para poder
separarse cada vez sin dolor?
Cerraron los monederos azules, rojos,
amarillos. Cerraron la puerta del sueño.
Adentro, ¿quién se atrevió a decirme?:
“es hermoso estar así, solo, con alguien.”

Disimuladamente, arrojé mis monedas,
engaú.

CIELOS

El cielo se inclina:
acaricia el vientre creciente
de Bárbara.
Nosotras también.

Hombres espían tras los árboles.

Giro mi cabeza
hacia uno-hacia otro
y justo gira
la cabecita
de la niña
por venir.

Desdoblamiento celeste.

Invitamos
-las cejas en alto-
y ellos se acercan
-más despacio que estatuas-
vestidos de padres.

SUPERPOSICIONES

Estoy por entrar, advierte
desde el extremo de un país
medio habitado.
Después, un silencio largo
y los recuerdos, descansados,
me envuelven
la nariz.

Retorna el olor de escuela pública,
la sorpresa de ese olor, el mismo
de los bares nocturnos,
sobre todo en las ciudades.
Tal vez porque ahí
las jóvenes mujeres que se inclinan
a la barra, aburridas y risueñas,
fueron a mi escuela
o a la tuya.
O porque están aprendiendo a no ir.

Cuando el silencio se mueva
y él, aliviado,
casi feliz esta noche, me cuente
de una nueva dulzura,

de una Bárbara casi niña,
no sabrá que ella (su cuaderno,
su compás, el redondel de tiza),
en ese preciso paréntesis
estuvo aquí.

DE PASO

Es tarde, pero no demasiado
y Peter Brook mira la niebla húmeda
de Hamburgo: El final de la guerra, mi madre,
mujeres como mi madre. Mi padre, sus mujeres,
las prostitutas desesperadas, algunas sordas,
otras con muletas pero todas
con la nariz morada por el frío,
como la multitud de niños que, siguiéndolas,
entran a empujones a un club nocturno
para encontrar
algo de calor.

¿Y si también nosotros hubiéramos entrado?
Hubieses acariciado a una,
a varias, por favor, te diría
para que comieran, o bebieran y olvidaran.
¿Y yo habría besado lo probable de la herida?

Pero estamos en el siglo que comienza y no es
demasiado tarde.
Entonces llegan al club nocturno de esta patria
las hermosas, pequeñas prostitutas
que todavía no son

porque visten con largas polleras
y no están de carmesí ni sus bocas ni sus rictus.
Cuando logren la metamorfosis
y elijas a una de ellas
cruzarán la memoria mis zanjas, los niños de Hamburgo
o de aquí, y cuando la desvistas completamente
a Bárbara o a Sheila o a Luva, habré de acariciarla.

PERDIDAS

"Y la que lee una novela sin final

hasta que cae en el canal la tarde
y apaga el patio
donde grita
una luz roja"
Leopoldo Castilla (de Nunca)

El viento abre (más)
las hojas, las piernas.
Cada una de nosotras
en el patio
y las polleras larguísimas.
Los libros nos cubren la cara:
Anna Livia Plurabelle, Adriano,
Orlando, también Emily L.,
Justine y Justine.

He repartido libros para engañarlo
o se alivie la quemadura de la carne.
Para que nos confunda
o nos elija esta vez,
al entrar.
(¿Pero alguna vez supo? ¿Y si supo, qué?)

Reíamos las mujeres
con risitas alargadas en el patio,
sostenidas, solidarias, más abiertas
y Sheila cantó: “el tiempo y los ríos
no corren para atrás”.
La lectura nos guardó.
Apasionadas, perdimos los ojos entre las letras.
Perdidas, quisimos más de la trama.

Esa tarde Bárbara, también Sheila,
Luva, Mara, Patricia y yo, cumplíamos.
Habíamos alcanzado por un instante
la misma edad.
Líneas azules saldaban las piernas.
Nos habían dejado rodar
y caminábamos.
La madre insistía de la suerte:
“Hay piernas, y hay lo que hay.”

Una por una cerramos los libros.
Descubiertas, él nos va nombrando
y ninguna soy yo.
Como quien juega, a la escondida
canto: “el tiempo y los ríos
corren para atrás".

ENTONCES

Soltamos las hebillas (del cabello),
de a una
nos soltamos y llega,
ultraleve, desde distintos lugares,
una música que cada vez que se despliega,
abarca el punto de partida.

(El miedo cambiado por otra obsesión.)

-Pájaros en la cabeza- habremos de oír,
habremos de reír, aún después de los Campos,
aún después del Matadero.
En la casa de citas.

(¿Cuántos años hacen falta
para hacer romántico un crimen?)

Un vestido rojo vuela por el aire.

Bárbaras somos
en este anonimato del murmullo.

Porque nos reconocemos, bailamos.
Entonces se olvida el frío.

TRES

"... Le vi sobrevivir; hubo en su boca
la edad entrecortada de dos bocas.
Le gritaron su número: pedazos."
César Vallejo (Poemas Humanos)

CARNE VIVA - 1 -

En la otra pieza
es aceite caliente
la palabra.
¿Separar el ojo?
¿La sílaba que ve?
¿La tapa de la olla?
¿la vida de sus velos?

¡Ah! en la otra pieza el olvido arrulla.

CARNE VIVA -2-

No sabe su mano
de la cicatriz (en mi pie)
pero se acerca.
No sabe de dónde vino el golpe
pero rodea el espacio (justo).
Mi paso se alivia.
Agua (agua).

¿O sabía?

CARNE VIVA -3-

Corremos al camión.
No supe presentir el crash de los huesitos,
lejos.
Ahora escucho.
El día golpea contra el camión, se cansa.
No tiene amparo (yo sí).

Vuelve a llover.
Desde el camión miramos.

CUATRO

ADICCIONES

La noche -toda- en el crisantemo.
Sobre cada pétalo
(hilos)
duerme una Bárbara.
Se han acomodado: luciérnagas
ahí.
(¿Si el ojo -intenso- se acercara?)
Con el beso, prenden.
Frágiles, en el movimiento hueco
se desprenden de sí, de mí:
codo, nuca, tobillo, ala.

Acrobacia sin red
(bipolar)
y la cabeza -de crisantemo-
flotante.

DATOS DE L A AUTORA

Susana Szwarc nació en 1954 en Quitilipi (provincia del Chaco), Argentina.

Publicó poesía y narrativa. Algunos títulos son: El artista del sueño y otros cuentos (Tres Tiempos, 1981); En lo separado (poesía, Último Reino, 1988) Trenzas (Novela, Legasa 1991);. Bailen las estepas (Poesía, Edic.De la Flor, 1999) ; Bárbara dice (Poesía, Alción, 2004 y 2005); El azar cruje (Cuentos, Ed.Catálogos, 2006);Una felicidad liviana (Cuentos, Ed Ross,2007; La mesa roja (Antología personal, Ed. IMFC, 2012) En literatura infantil: Había una vez una gota; Había una vez un circo (ambos de Ed.El Quirquincho, 1996 y 1997); Tres gatos locos (Secretaría de Cultura del Chaco, 2010).

Ha escrito teatro y sus obras fueron representadas en diversos teatros de Buenos Aires (Camarín de las Musas, Liberarte, Centro de la Cooperación, entre otros).

Ha colaborado (con artículos, reseñas literarias, poemas y cuentos) en publicaciones del país y del exterior.

Es autora de varias antologías y sus respectivos estudios preliminares, entre ellas Cuentos ecológicos (con colaboración de Adolfo Colombres, IMFC y edic.Unesco, 1996) y Mujeres 3, Visiones en el siglo XX (IMFC, 1998)

Ha recibido diversos premios y becas. Algunos de ellos: Primer Premio Nacional - Iniciación- de Poesía (1987); Premios Unesco (Buenos Aires, 1984); el Premio Antorchas a la Creación Artística (1990); Primer premio en el segundo concurso literario Xicoatl en la categoría cuento (Salzburgo, Austria, 1994); Premio Único de poesía de la Municipalidad de la ciudad de Bs.As. (bienio1998-1999); Mención concurso internacional de cuentos Julio Cortázar (La Habana, Cuba, 2003).

Poemas y cuentos suyos han sido traducidos al inglés, francés, rumano, alemán, catalán y chino-mandarín.

La ópera compuesta por Cristian Varela: “No camines en el barro”, está basada en su cuento del mismo nombre y fue estrenada en Carlos Paz, Córdoba, en 2011.

susanaszwarc1@gmail.com

CONTRATAPA

Susana Szwarc opera en la poesía desde la condición aglutinante y armonizadora de la mujer, para reunir esos **falsos** binomios antitéticos o duales: inteligencia o corazón, sentir o saber, gozar o sufrir. Combina las tradiciones, partiendo de lo arcaico, del balbuceo confuso de Babel. Y combina lo cotidiano con lo imaginario, lo real con lo metafísico, suerte de reverbero donde se cuecen las angustias de la existencia. Hasta siente piedad de la esfinge, condenada a la soledad de un saber que no comparte. Libro redondo, sugestivo, que permite varias lecturas y donde se despliega un abanico de significantes que nos conciernen en tanto humanos (de ahí la cita de Vallejo) y que convierten el decir en un interrogar.

Cristina Peri Rossi

Epub Validado:
http://validator.idpf.org/

EPUB Validator (beta)
Results
Detected version: EPUB 2.0

Results: Congratulations! No problems were found in Barbara_dice_Susana_Szwarc.epub.

ibuk
Biblioteca de Poesia